

VI

LA INMOLACION. — EL DIRECTOR



VI



A víspera de la Presentacion se me apareció la divina Justicia armada de tan terrible manera, que quedé toda enajenada; y en la imposibilidad de defenderme, se me dijo lo que á San Pablo: «Muy duro te es luchar contra los estímulos de mi justicia; pero, puesto que te has resistido tanto para evitar las humillaciones, que convenia sufrieras en este sacrificio, te las daré duplicadas. No te pe-

»dia sino un sacrificio secreto, ahora le
»quiero público, fuera de todo razona-
»miento humano en cuanto á la mane-
»ra y al tiempo, y acompañado de tan
»humillantes circunstancias, que te ser-
»virán de materia de confusion para el
»resto de tu vida ante ti misma y ante
»las criaturas, á fin de que comprendas
»lo que es resistir á Dios.»

¡Desgraciada de mí! Bien lo comprendí en efecto, pues jamás me he visto en tal estado: he aquí algunas cosas; pero no todo. Despues de la oracion de la tarde no pude salir con las otras, y permanecí en el coro hasta la última señal para la cena en un llanto y gemido continuos. Fui á hacer colacion, pues era la víspera de la Presentacion, y yendo, como arrastrada á viva fuerza, al acto de Comunidad, me encontré allí tan fuertemente impelida á llevar á cabo el sacrificio en alta voz, del modo que Dios me daba á conocer lo exigia de mí, que me vi precisada

á salir en busca de mi Superiora, la cual se hallaba entónces enferma.

Confieso, sin embargo, que estaba tan fuera de mí, que me veia como una persona ligada de pies y manos, á la cual no quedara cosa alguna libre interior y exteriormente sino las lágrimas. Las derramaba en abundancia pensando que eran la única expresion de mi sufrimiento, porque me consideraba como la más criminal del mundo, y conducida, arrastrada con cordeles, al lugar del suplicio. Tenia delante de mis ojos á la santidad de Dios armada con los rayos de su justa indignacion, dispuesta á lanzarlos para sepultarme, así me parecia, en las abiertas fauces del infierno, que veia descubierto á mis pies y pronto á devorarme. Sentíame abrasada por un fuego devorador, que penetraba hasta en la médula de mis huesos; todo mi cuerpo era presa de un temblor extraordinario, y no podia decir más que estas palabras: «Dios

»mio, tened piedad de mí, según la
»grandeza de vuestra misericordia.»
Pasaba el tiempo restante gimiendo
bajo el peso de mi dolor, sin hallar
medio de dirigirme al aposento de mi
Superiora hasta eso de las ocho, en
que habiéndome encontrado una Her-
mana me condujo allá.

Grande fué la sorpresa de mi Supe-
riora al verme en semejante disposi-
cion; yo no podía explicársela, mas
creía, para aumento de mi pena, que
bastaba verme para conocerlo, y no
era así. La Superiora que sabía no
existir otro medio, que gozara de todo
poder sobre el espíritu, que me tenía
en tal estado, sino la sola obediencia,
me mandó referir mi pena. Inmedia-
tamente le dije el sacrificio, que Dios
quería hiciese de todo mi ser en pre-
sencia de la Comunidad, y el motivo,
por el cual me le pedía. No expresaré
tal motivo por temor de faltar á la
santa caridad y herir al mismo tiem-

po el Corazon de Jesucristo, en el que
tiene su origen esta virtud; por lo cual
no quiere que se la toque en lo más
mínimo bajo cualquier pretexto, que
pudiera alegarse.

En fin, despues de decir y hacer
cuanto mi Soberano deseaba de mí, se
habló y se juzgó sobre esto de diferen-
tes modos; pero dejo todas estas cir-
cunstancias á la misericordia de Dios.
Creo poder asegurar que nunca habia
sufrido tanto: aún cuando hubieran po-
dido reunirse todos los sufrimientos que
hasta entónces habia tenido, y todos
cuantos he tenido despues, y aún cuando
todos ellos juntos hubieran sido conti-
nuos hasta la muerte, no los juzgaria
comparables á los que padecí esta no-
che, en la cual quiso Nuestro Señor fa-
vorecer á su miserable esclava para hon-
rar la noche dolorosa de su Pasion, si
bien no fué sino una pequeña partecilla.
Se me llevó como arrastrada de una par-
te á otra con espantosa confusion mia.

Pasada, pues, semejante noche entre los tormentos, que Dios sabe, y sin descanso hasta cerca de la hora de la santa Misa, me pareció oír entónces estas palabras: «En fin, la paz está establecida: mi santidad de justicia está satisfecha con el sacrificio, que has llevado á cabo para rendir homenaje al que yo hice en el instante de mi Encarnacion en el seno de mi Madre, cuyo mérito he querido unir al tuyo y renovarle por este, á fin de aplicarle en favor de la caridad, como te lo habia mostrado. He aquí por qué nada debes pretender, en cuanto puedas hacer y sufrir, ni aumento de méritos, ni satisfaccion de penas, ni otra cosa alguna, estando todo entregado á mi disposicion en favor de la caridad. Así, pues, á imitacion mia harás y padecerás en silencio, sin más interés que la gloria de Dios en el establecimiento del reino de mi Sagrado Corazon en el de los hombres, á los cuales

»quiero manifestársele por tu medio.»

Me dió mi Soberano estas santas instrucciones despues de haberle recibido; pero no me sacó de mi doloroso estado, en el que sentia una paz inalterable con la aceptacion de todas mis penas, y de cuanto se me mostró que debería padecer hasta el dia del juicio, si tal fuese la voluntad de Dios. No me presentó á mis propios ojos, sino como un objeto de contradiccion y una sentina de todas las repulsas, desprecios y humillaciones, las cuales gustosa veia venir de todas partes á caer sobre mí, sin recibir consolacion alguna ni del cielo, ni de la tierra. Todo parecia conjurarse para anonadarme. Se me hacian continuas preguntas, y las pocas palabras, que en respuesta se me arrancaban como por fuerza, no dejaban de servir de instrumento para aumentar mi suplicio. No podia ni comer, ni hablar, ni dormir; y todo mi reposo y ocupacion eran únicamente el perma-

necer postrada ante Dios, cuya soberana grandeza me tenia completamente perdida en el profundo abismo de mi nada, siempre llorando y gimiendo para pedirle misericordia y apartar los rayos de su justo furor.

El empleo, que por entónces tenia, me causaba un tormento insoportable suministrando continuas ocupaciones á mi cuerpo y á mi espíritu; pues, no obstante todas mis penas, no me permitia mi soberano Maestro ni omitir la más pequeña parte, ni conseguir dispensarme de cosa alguna, incluso todos los demás deberes y observancia de mis reglas, á los que me sentia arrastrada por la fuerza de su soberano poder, cual una criminal al lugar de un nuevo suplicio. Porque hallaba tormento en todas partes, y tan engolfada y absorta estaba en mi sufrimiento, que ni espíritu, ni vida tenia, sino para conocer y sentir cuanto acaecia que pudiera causarme dolor. Pero nada de

esto me producía el menor movimiento de inquietud, ni de disgusto, aunque entre tantas penas se me conducía siempre por la más opuesta á mi natural inmórtificado y más contraria á mis inclinaciones.

Se notó que no comía; se me reprendió por ello, y tanto mi Superiora, como mi confesor me mandaron comer cuanto me pusieran en la mesa. Esta obediencia me pareció muy superior á mis fuerzas; pero aquel, que no me dejaba faltar á ella en la necesidad, me dió ánimo para someterme y cumplirla sin excusa ni réplica; si bien me vi obligada á ir despues de la comida á devolver el alimento, que habia tomado. Y como esto me duró muy largo tiempo, me ocasionó un gran flujo de estómago con muchos dolores, de suerte que no me era posible retener nada de lo poco que comía, despues de haberseme conmutado la obediencia impuesta en la de no comer más de lo que pudiera.

Confieso que el comer me ha producido desde este tiempo penas crueles, viéndome precisada á ir al refectorio como á un lugar de suplicio, á que me habia condenado la culpa. Por esfuerzos que hiciera para comer indiferentemente de cuanto me presentaban, no podia evadirme de tomar lo que creia más ordinario, como lo más conforme á mi pobreza y á mi nada, las cuales continuamente me decian que, siendo suficientes el pan y el agua, todo lo demás era superfluo.

Y para volver al estado de sufrimiento, que no dejaba de ser continuo y aumentaba siempre con aditamentos muy sensibles y humillantes, se me juzgó posesa ú obsesa, y se me roció con bastante agua bendita haciendo la señal de la cruz y rezando oraciones para arrojar de mí el espíritu maligno. Mas aquel, de que me sentia poseida, me estrechaba con mucha más fuerza contra sí diciéndome: «Amo el agua ben-

»dita y quiero tanto á la cruz, que no »puedo ménos de unirme estrechamente con los que la llevan como yo, y »por mi amor.» De tal modo reanimaron en mi alma estas palabras el deseo de padecer, que me parecian todos mis sufrimientos una gota de agua, la cual en vez de extinguir, más bien avivaba la sed insaciable, que sentia; aunque creo poder afirmar que no habia parte alguna de mi ser, ni en el cuerpo, ni en el espíritu, que no tuviese su particular sufrimiento, y esto sin compasion ni consolacion alguna. Pues el diablo me daba furiosos asaltos, en los que mil veces hubiese sucumbido, si en medio de cuanto acabo de referir, no hubiera sentido un poder extraordinario, que me sostenia y combatia por mí.

En fin, mi Superiora, no sabiendo ya qué hacer conmigo, me mandó comulgar para pedir al Señor por obediencia me volviese á mi primer estado. Habiéndome, pues, presentado á Él como